

# EL AMOR AL MAESTRO

TANTO como a mi padre y a mi madre, yo reverencio a mi maestro. Mi maestro es también mi padre y mi madre.

Siempre llegó a ofenderme en mi intimidad ese humorismo inexplicable que nos presenta al pobre dómine anquiseco, acartonado, "comedor de una comida eterna, sin principio ni fin"... Porque no hay para mi consideración figuras más nobles, personas más santas, que este don Casiano, este don Juan, este don José..., cuyas vidas son un sacerdocio abnegado, en la escuela sin sol de la ciudad malsana, en la covachuela misera del pueblo. Y no sólo en España; también en otras partes suele ser caricaturizado el pedagogo: muchas lecturas, películas y dibujos nos revelan esta humorística ingratitud del hombre que, llegando a mayor, olvida acaso el beneficio fundamental recibido en la escuela. Y bien daríamos la vulgaridad de nuestros años mayores, esta mentira madurada de hoy, por ser de nuevo niños y volver a los alegres y luminosos días escolares..., cuando la madre extendía el blanco mantel y hacía el desayuno para su hombrecito, y nos vestía, nos peinaba, nos besaba la frente, beso de sabiduría. Nosotros entrábamos en el aula ruidosa, donde los compañeros zumbaban como abejas atareadas; besábamos la mano del director, que nos aguardaba a todos a la puerta; cantábamos luego un himno al maestro, y ocupábamos, travesando, los bancos picados, rayados y chorreados de tinta, olorosos a membrillo seco, y posábamos nuestra mirada en las litografías, en los guarismos áridos de las negras pizarras, y en los mapas, donde veíamos la carcomida, ulcerada piel de este mundo...

En mis días nuevos, el maestro era para mí el sabio, era asimismo el juez; hoy, sigo considerándole sol de verdad, sol de una luz sublime, que

enseña sin mirar a quién, como alumbra el sol de la naturaleza; sigo considerándole juez, que, como mi madre, me castigaba, a veces, las manos. Y recuerdo a *Lisis*, de Platón, el cual nos dice, sonriente, que su madre, cuando era travieso y desordenado, pegábale en los dedos...

Yo quisiera emplear este leer y escribir que debo a mis maestros en enaltecerles tiernamente. El mayor mal espiritual de los pueblos es el ilotismo, la espantable tiniebla, en que retrocede el individuo y se subvierte la sociedad y se malogran las centurias; y así, es incalculable el precio histórico del apostolado insigne de la enseñanza. Lino y Museo provocaron la gran obra de ilustración griega, y de aquí se siguieron las mil sectas científicas, el Liceo, la Academia, el Pórtico... En la semilla está puesta la esperanza de la cosecha, y en la educación, la esperanza de la vida. La primera escuela es siempre la última, como toda civilización torna siempre a la primitiva por ley necesaria. Formar al niño es lograr al hombre.

Si todos debemos ser maestros del niño, si los mayores hemos de ser de él los amigos mayores y los mayores amigos, consideremos qué alto rango social merece el maestro, modelador consagrado de la infancia.

Y, no obstante, este siglo escéptico, y por toda suerte de males trabajado, parece no otorgar al maestro la veneración y amparo que le adeuda. La Patria, olvidadiza y roñosa, que tiene más de 600.000 niños que no van a la escuela, vacila todavía, dando al maestro un sueldo mínimo aún menor que el que concede a un guardia civil, también mal remunerado, en donde hacen falta más guardias civiles que maestros, desde que los maestros son mal atendidos...

Y entre tanto, el vulgo ríe de la caricatura del dómine, y el sabio el político, el catedrático, no se acuerdan luego del viejecito aquel que piensa en ellos, orgulloso, como de una propia obra, y que todavía todas las tardes, en el pueblo entre los álamos del paseo, cruza, trémulo, dando a besar su mano a otros niños...

JOSE BRUNO.

(DIBUJOS DE MARTINEZ DE LEON)



Martinez de Leon